

ye al famoso escultor italiano Pietro Cosa, del siglo XII. Esa carencia de fuentes fidedignas que proclamen con certeza la fecha en que fué edificada la ingente mole ha hecho que la tradición popular teja acerca de su origen las más fantásticas leyendas, como aquella que atribuye su paternidad al diablo.

Las cifras nos dan idea de las proporciones ingentes del Acueducto. Tiene, en total, 170 arcos, y en la parte de doble arcada, 40 la fila superior y 44 la inferior, elevándose proporcionalmente al declive del terreno hasta alcanzar su máxima altura —28 metros— en el Azoguejo. Comienza la arquería al lado oriental de la ciudad, viéndose que los primeros arcos levantan apenas sus dovelas del suelo, como si estuvieran soterrados; pero aumentando rápidamente la inclinación del antiguo valle, elevanse gradualmente, en una sola serie, hasta llegar al convento de la Concepción, en donde tuerce en ángulo, como más allá, junto al convento de San Francisco, que es el vértice de la otra desviación para salvar la parte de mayor desnivel, llegando a lo más alto de la prominencia sobre que se asienta parte de la ciudad, o sea frente a San Sebastián, con lo que alcanza la longitud total de 813 metros. Como es sabido, encima de la arquería está el canal, de un metro de profundidad, por el que durante siglos discurrió la corriente de agua para el abastecimiento de la población, hecho que sirvió a Lope de Vega para decir, en su *Jerusalén con-*

*quistada*, refiriéndose al Acueducto, que “por encima pasaba el agua y por debajo el vino”. Los pilares, de forma cuadrilonga, tienen un grosor variable, de tres a cuatro metros, por dos a tres de frente, disminuyendo en la parte alta. Los arcos tampoco son iguales, pues varían las distancias entre pilar y pilar, que son de cuatro a seis metros, no obstante todo lo cual la ejecución de la obra proclama estar presidida por tal habilidad, por tan soberano artificio, que difícilmente puede percibirse esa diferencia. Se calcula que tiene 25.000 sillares —incluidos los de la cimentación, a varios metros de profundidad—, con peso de 12.000 toneladas. Y tanto como las enormes proporciones de su masa admiran su armonía, su fortaleza, su arte. La piedra granítica, ligeramente vetada de negro, se une sin argamasa, hecho que se observa ya a primera vista, y que fué comprobado en 1815, con ocasión de ser arrancado un sillar por un carro fuerte de la Maestranza de Artillería. Da idea de lo atrevido de la ejecución de esta obra gigantesca el dato siguiente: las piedras interiores de los pilares más altos sufren una presión de nueve kilogramos por centímetro cuadrado, o sea más de la quinta parte del límite de resistencia al aplastamiento de la piedra de que está construída.

Hay infinidad de recuerdos, a más de los ya evocados, en el pasado del Acueducto segoviano. Sufrió el influjo de las guerras seculares, según denotan las huellas de los proyectiles. Alimaimón, rey

Vista de la Plaza del Azoguejo, con el Acueducto al fondo, en el siglo XVII. (De un grabado antiguo.)

